

Oración metódica en el Carmelo

por Luis Fernando Figari

No es la intención de estos apuntes discutir la validez de los métodos de oración. Hay que reconocer, sin embargo, que el hombre hodierno, en la medida que es testigo de un mundo que se sumerge más y más en la técnica, donde la organización societaria, en muchas zonas del globo, parece apuntar a un avasallar inmisericorde de la persona en una opción sociocéntrica que ante nada se detiene, parecería rechazar, desde su subjetividad humana, todo lo que parece preceptuado, regulado, controlado, en un afán, quizás, de conservar el propio control sobre sí. Con mayor insistencia parece presentarse tal fenómeno en el mundo de la vida interior, en la esfera de la oración, donde la sencillez y la espontaneidad son consideradas por muchos como requisitos de una libertad que por doquier se percibe amenazada.

Paradójicamente, las sociedades avanzadas del Primer Mundo, muestran un resquebrajamiento atomizante de la vida social, donde, desde la soledad angustiante, la persona salta a la masificación más exhuberante, donde la individualidad personal parece disolverse en comportamientos regidos por la psicología de las masas.

Algo semejante ocurre en relación a la realidad interior de las personas, y no sólo en el Primer Mundo, sino también en ese empobrecido sector de nuestro planeta que llamamos Tercer Mundo. Mientras se ignoran las bases de la propia tradición, en el caso concreto de América Latina: el cristianismo, sectores sensibles al llamado de la interioridad buscan respuestas a su hambre interior recurriendo a rígidos y sofisticados métodos o sistemas provenientes de la India, Japón e incluso el Tíbet, cuando no se refugian en corrientes sincréticas esotéricas, o en ritos chamanistas, o sincretismos inspirados en cultos africanos. Una verdadera minoría conoce o "descubre" los métodos de oración surgidos en la historia cristiana. Sin embargo, en el transcurrir de la historia del Pueblo de Dios han surgido muchísimos métodos de oración, y aún hoy siguen apareciendo. Unos con mayor fortuna que otros. Hay tantos y diversos métodos como tipos de personas, carácter, temperamento; y es que los métodos aparecen como respuesta a las necesidades de las personas, de las vocaciones que en la historia de la Iglesia han ido surgiendo; aparecen como medios para facilitar la respuesta del ser humano concreto al Plan de Dios.

Reflexionando sobre las dos paradójicas realidades señaladas, bien cabe concluir que la ignorancia de los métodos cristianos puede ser una de las causas que alientan el recurso de no pocos a fuentes ajenas a la propia identidad religiosa. ¿Por qué no hacer una divulgación de los mismos, aun cuando no sea todo lo perfecta e ideal? A ese objetivo responde esta aproximación a los métodos de oración carmelitas.

El Carmelo

Los carmelitas son una de las órdenes cuyo desarrollo muestra no pocas sorpresas: desde la leyenda que los vincula nada menos que con el profeta Elías, y el hecho cierto de la presencia de ermitaños en el Monte Carmelo hacia el siglo V, hasta el origen histórico en tiempos de las Cruzadas del grupo de eremitas que con San Bartoldo (m.c. 1195) se establecen cerca de la llamada fuente de Elías, en las vecindades de Haifa. Vinculándose a antiguas tradiciones que se inspiraban en la figura de Elías, desde sus orígenes asumen el ideal contemplativo que veían en el profeta. Alrededor de 1209, ya dirigidos por San Brocardo (m. 1231), el pequeño grupo obtiene de San Alberto Avogadro 9v. (1149-1241), Patriarca de Jerusalén, una regla cuya nota más saltante es el eremitismo. Desde esos lejanos tiempos María fue el centro de la vida de la comunidad carmelita, constituyendo la devoción a la Virgen junto con la aspiración contemplativa notas saltantes del Carmelo.

Para el 18 de mayo de 1291, cuando cae San Juan de Acre ante el avance sarraceno, los monasterios carmelitas en Tierra Santa han desaparecido totalmente. Unos cincuenta años antes los eremitas del Monte Carmelo se han lanzado a una diáspora europea que encuentra su momento decisivo en 1247, en

Inglaterra, con el Primer Capítulo General reunido en Aylesford (Kent). Ahí se produce lo que se ha considerado como una segunda fundación. En aquella ocasión se promulgan las hoy desaparecidas primeras Constituciones, siguiendo pocos meses después la modificación y mitigación de la Regla de San Alberto, proceso que culminará con la transformación definitiva en religiosos mendicantes de los antiguos eremitas.

Las reformas

Amplia difusión y no menos decadencia siguen con los años. La historia del Carmelo durante los siglos XV y XVIII es también la de una sucesión de reformas orientadas cada vez a rescatar el espíritu de una observancia más estricta, perdido por diversas circunstancias. Algunas de estas reformas permanecen en la estructura de la Antigua Orden, otras configuran nuevas jurisdicciones, y en un caso nace una orden independiente, los Carmelitas Descalzos.

Desde los inicios del siglo XV van suscitándose aires de reforma que encuentran eco en Italia, en la región toscana. Años después, en 1456 el "Decreto de las casas reformadas" del Beato Juan Soreth (1394-1471) marca el inicio de los esfuerzos por la reforma general. Los santos reformadores, Teresa de Avila (1515-1582) y Juan de la Cruz (1542-1591), constituyen un extraordinario ejemplo del afán de vivir el espíritu primitivo. Tras las huellas de la vigorosa Reforma Teresiana, que se separó de la Antigua Observancia en 1593, bajo el impulso de Felipe Thibault (1572-1638) aparece la reforma Turonense (1604), que desde el Convento de Rennes, en Francia, se extendió ampliamente por diversos países, llegando a sellar con su impronta de estricta observancia a toda la Antigua Orden del Carmen.

Es en medio de los trajines de las reformas que se van abriendo camino los métodos de oración para facilitar el acceso a todos a la oración mental. Gran impulsor de la oración metódica, bajo influencia de la "Devotio moderna", fue el Beato Soreth, quien como Prior General impulsa la meditación como medio para alcanzar la contemplación. Por su parte, Santa Teresa recomienda a las prioras «que haya buenos libros.. los de fray Luis de Granada y del padre fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo» (1). Y tras la gran Reformadora van sus hijos. El método carmelita se va configurando entre los descalzos siguiendo las enseñanzas de fray Luis de Granada.

Fray Jerónimo Gracián

Entre los numerosos tratados de oración mental escritos desde los primeros tiempos de la descalcez, destaca uno de fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (1545-1614), discípulo predilecto y confesor de Santa Teresa, convertido en fiel apologista y divulgador de la obra de la Santa Reformadora. El gran polígrafo carmelita, llamado por uno de los historiadores descalzos: "brazo ejecutor, obediente y eficaz" de la Madre Teresa, nació el 6 de junio de 1545, en Valladolid. Habiendo ingresado a la Iglesia en la Parroquia de Santiago, estudió hasta los 15 años en su ciudad y en Astorga, de donde pasó a Alcalá, donde cursó brillantemente la Filosofía y Teología. Recibió la ordenación sacerdotal sin abandonar sus estudios teológicos encaminados a obtener el Doctorado. Ejerció el ministerio sacerdotal en la Iglesia de Santa María, en Alcalá. Luego de frecuentar un convento de carmelitas descalzos, y de haberse resistido por año y medio a su vocación, en 1572 ingresó al famoso noviciado de Pastrana.

En sus "Fundaciones" dice la Santa Reformadora en referencia a fray Jerónimo: «Bien vía nuestro Señor la gran necesidad que había en esta obra que Su Majestad había comenzado de persona semejante. Yo le alabo muchas veces por la merced que en esto nos hizo; que si yo mucho quisiera pedir a Su Majestad una persona para que pusiera en orden todas las cosas de la Orden en estos principios, no acertara a pedir tanto como Su Majestad en esto nos dio» (2). Y poco antes (3), decía la Santa del mismo maestro Gracián: «hombre de muchas letras y entendimiento y modestia, acompañado de grandes virtudes toda su vida, que parece nuestra Señora le escogió para bien de esta Orden». Tan pronto profesó como carmelita, Gracián se vio encaminado a colaborar cercanamente con Santa Teresa para sacar adelante la Reforma Teresiana que muchas veces parecía fracasar.

En 1575, fray Jerónimo es designado como Superior Provincial de la Reforma por el Nuncio Ormaneto. Y luego de que el Papa Gregorio XIII autorizó la erección de la Provincia de los Carmelitas Descalzos, fue elegido como Provincial por el Primer Capítulo Provincial de los Carmelitas Descalzos, en 1581. El 4 de octubre de 1582 muere Santa Teresa. En 1585 es reemplazado en el provincialato por Nicolás Doria, hombre autoritario y sin recato alguno, quien no dudó mucho antes de expulsar, en 1592, a fray Jerónimo de la Reforma Teresiana a cuyo desarrollo había contribuido como invalorable artesano. En 1593, al dirigirse a Roma para esclarecer su caso ante el Papa, es capturado y hecho prisionero por los turcos. A los dos años fue rescatado, y su situación es revisada por el Papa Clemente VIII, quien desautoriza la expulsión. A pesar de ello, fray Jerónimo se topa con obstáculos para volver y es aconsejado por el Papa a dirigir sus pasos hacia el Antiguo Carmelo, lo que hace, siendo recibido con manifestaciones de aprecio. Muere el 21 de setiembre de 1614.

Maestro de oración

En su variada y abundante producción no son pocas las obras que recogen el interés de fray Jerónimo por la oración. Entre ellas destaca un pequeño libro: De la oración mental, sus partes y sus condiciones. La didáctica obra para principiantes fue elaborada antes de 1585, cuando fray Jerónimo pasa de Vicario Provincial a Portugal, haciéndola editar el Lisboa en 1586. En el tratado aparece claro el método carmelitano de oración mental, con sus siete partes. Es de notar que Gracián, como auténtico maestro de oración, toma con prudente libertad la metodización: «Si comenzando por este orden... le detuvieren el espíritu levantándosele y comunicándole allí el henchimiento de sus deseos que pretende, no es bien romper aquel hilo por ejercitar todas las demás partes de la oración que quedan». Destaca junto con el carácter sistemático el claro influjo de fray Luis de Granada a quien, con toda la escuela carmelita descalza, sigue muy de cerca. Sin embargo ya Jerónimo estaba familiarizado con los libros del padre Granada desde los tiempos de sus estudios de filosofía en Alcalá, donde se entregaba a una hora de oración diaria con sus obras. Resalta la aparición de la "contemplación" como parte distinta y central en el método propuesto por Gracián, así como el "propósito" que en fray Luis aparece supuesto en la "petición".

Este método de los descalzos alcanza su canonización en la Instrucción de Novicios mandada elaborar por el Capítulo General de la reciente Congregación de España, promulgada en 1590 por la Consulta, organismo de gobierno al que pertenecía San Juan de la Cruz, cuya firma rubrica la Instrucción y la norma: «que no se permita, que en el criar de los dichos Novicios se introduzcan otros modos ni maneras de la que aquí va ordenada». Por el testimonio de fray José de Jesús María --Quiroga-- (1562-1626): 'Don que tuvo San Juan de la Cruz para guiar almas a Dios', es fácil concluir cómo el santo valoraba la meditación como paso a la contemplación: «En la segunda parte de la meditación, que es la ponderación activa sobre lo representado, les enseñaba (San Juan) a detenerse más... Enseñábales también cómo de esta ponderación activa habían de pasar a otra más iluminada, movida de Dios, levantándose el alma de los actos de la razón a la luz sencilla de la fe, y cómo se hacía cuando quietaban la operación intelectual movida de su propia industria y quedaba el alma atendiendo a Dios devotamente en acto de amor».

La escuela de Pastrana

La redacción de la Instrucción fue encomendada a un equipo de tres, entre quienes destacaba Juan de Jesús María -Aravalles- (1549-1609), entonces Sub Prior del Convento de Madrid, a quien se le ha venido atribuyendo. La vida de Aravalles gira en torno a Pastrana, donde nació, hizo su noviciado, profesó en 1579 y, desde 1585, ejerció como maestro de novicios. Se le ha venido atribuyendo hasta hace poco un Tratado de Oración (1587), inédito hasta el primer tercio de nuestro siglo. Existe un claro paralelismo entre el planteamiento de la Instrucción, el tratado otrora atribuido a Aravalles y la interior obra de Gracián. Las coincidencias son notables, particularmente en el esquema de la oración. Claro que se distinguen acentos de personalidad, estilo y algunos en los consejos y en otros pasajes. Se estima que, al igual que el anónimo autor del Tratado de Oración de 1587, ambos (fray Jerónimo y fray Juan de Jesús María) pertenecen a la escuela común del noviciado de Pastrana, algo así como el centro formador de los reformados, donde, al parecer, la formación espiritual seguía las huellas de San Juan de la Cruz.

El calagurritano

Otro seguidor de Santa Teresa, Juan de Jesús María --el Calagurritano-- (1564-1615), tercer general de la congregación italiana de carmelitas descalzos. Nació en Calahorra, pueblo de Castilla, donde realiza sus estudios hasta que pasó a Alcalá de Henares para estudiar Filosofía. En 1582, a los 18 años interrumpe sus estudios universitarios e ingresa al noviciado carmelitano en Pastrana, donde a través de sus formadores recibe la orientación espiritual "sanjuanista". En 1585 es enviado al convento de Génova donde recibe las sagradas órdenes. En 1611 se convierte en Superior General de la Congregación de San Elías, cargo que ocupa hasta 1614. El Calagurritano es autor de numerosas obras, entre ellas una Escuela de Oración, editada en Roma en 1610, y sucesivamente reeditada, así como una Instrucción de Novicios (1597), en la que hay una parte destinada a la oración, escrito también de gran fortuna, publicado en 1605.

El método de oración que presenta el Calagurritano es muy semejante al de fray Jerónimo y al vinculado a Aravalles, pero con una significativa diferencia: no incluye a la contemplación como un pasaje diferenciado específicamente en la oración. Diríamos que ello lo aparta un poco del método difundido en España desde el noviciado de Pastrana. «Nótese --dice el Calagurritano-- que algunos libros espirituales pone la contemplación en este orden de las partes de la oración, lo cual es causa de errar a los nuevos, porque aunque es verdad que se puede comprender debajo del nombre de oración, por ser una altísima elevación del alma a Dios, con todo eso, hablando propiamente, hay gran diferencia, y los nuevos, queriéndose probar a contemplar, pierden el tiempo y provecho de la oración ordinaria». Para él, las partes de la oración son sólo seis. A esto se suma una alteración del orden de las partes finales, sustituyendo además el "epílogo" por un "ofrecimiento" que ubica entre la "acción de gracias" y la "petición". Igualmente es de notar un mayor acento en relación al uso de la imaginación, por un lado, y el resaltar el entendimiento, por otro. Sobre eso último, al responder una duda sobre qué hacer cuando se inflama mucho el afecto, responde: «se ha de templar la conmoción sensible, principalmente en los principiantes; porque daña la cabeza y pecho, y no trae provecho espiritual ni deja atender al conocimiento de las virtudes y los vicios, y a la imitación de los santos, las cuales cosas requieren el entendimiento y no solamente el afecto». Sin embargo, hay quien ha visto en la orientación del Calagurritano un cierto acento anti-discursivo que lleva por reacción a resaltar la imaginación así como los afectos.

En su Escuela de Oración, una especie de catecismo de iniciación a la vida espiritual, en forma de didáctico tratado, a través de una introducción y de un desarrollo de 74 dudas y soluciones, el Calagurritano expone un modo de oración que influirá poderosamente en los carmelitas de Italia, así como de otros lugares, pues al poco tiempo de editada la obra, era traducida a diversas lenguas. Al justificar su división de las partes de la oración en seis, sostiene: «muy puesto está en razón que quien ha de hablar con un gran príncipe y mucho más con la majestad de Dios, se prepare y considere con quién quiere tratar y qué es lo que le quiere decir; y a este fin sirve la preparación. La misma razón pide que se considere la materia de que se ha de tratar; y a este fin sirve la lección, que representa la materia de que se ha de meditar. La misma razón pide que se pondere la materia de que se ha de tratar, y a este fin sirve la meditación, que pondera dicha materia discurrendo sobre ella. Después se sigue la aplicación del afecto, que nace de la meditación, en la cual se han considerado los beneficios de la Divina Majestad. Porque la misma razón que movió a prepararse y escoger materia y discurrir sobre ella, pide que, cuando en aquel discurso se conocen más claramente las misericordias de Dios, se reconozca el alma obligada a tan gran bienhechor y por ellas le dé gracia con afectos íntimos de corazón; y a este fin sirve el hacimiento de gracias. También pide la razón que, demás de aquel agradecimiento interior, haga el alma agradecida la recompensa que puede; y a este fin sirve el ofrecimiento, en el cual el hombre se ofrece rodo con aquel afecto de agradecimiento y propone que hará obras virtuosas por el Señor, pero supuesto, según la doctrina católica, que no puede el hombre pagar esta deuda y obrar santamente sin el favor y gracia de Dios. La razón pide que la última parte sea acudir con la petición a su criador y señor, pidiéndole fuerzas para cumplir con sus obligaciones, para descargarse del peso de los pecados, para alcanzar las virtudes y finalmente para todas las cosas necesarias o convenientes para llegar al fin de la vida eterna».

El método del Calagurritano aparece también en la mencionada Instrucción de Novicios (1605), cuya tercera parte dedica al estudio de la oración; así como un Tratado de la Oración (ca. 1610) escrito en latín, donde ahonda en las partes de la oración, así como en otros escritos.

La reforma turonense

En la línea de la Reforma Turonense la Antigua Orden también vivió el influjo de la esquematización metódica de la oración. El padre Thibault es un verdadero entusiasta de la oración mental, considerándola, junto con la vida interior, el espíritu del Carmelo. Gracias a los trabajos de fray Marcos de la Natividad (1617-1696), la Reforma de Tours logra un Directorio de Novicios (1650-51), cuya cuarta parte se titula: 'Método claro y fácil de hacer bien la oración mental y para ejercitarse con fruto en la presencia de Dios'. Varias veces reeditada, se hizo de la misma una traducción latina (1687) que se difundió influyendo fuertemente en la Antigua Orden.

El Directorio Carmelita de Vida Espiritual (1940), del notable especialista en la Reforma de Tours, fray Juan Ma. Brenninger, O. Carm. (1890-1946), recoge el antiguo método y lo propone como el tradicional «ya que por algunos siglos aprendieron a orar en ella (la obra) nuestros religiosos» (n.p. 466). Es de resaltar el que algunos pasos se sistematicen según el esquema de las tres potencias, inteligencia, memoria y voluntad, ya presentado por Gerardo Zerbolt de Zutphen (1367-1398), uno de los grandes artífices de la oración metódica, y difundido por San Ignacio de Loyola (1491-1556).

La oración metódica carmelita

El descalzo Gabriel de Santa María Magdalena (1893-1953), en su Breve catecismo de la vida de oración, opina que «la oración se reduce, pues, en sustancia a la meditación acompañada de una conversación íntima con el Señor (coloquio afectivo)», las otras partes serían ya «como su puerta de acceso», las primeras; ya «puramente complementarias y facultativas», las tres últimas.

A pesar de los matices y variedades que se pueden encontrar, es de resaltar que la orientación de la meditación carmelitana se mueve hacia los afectos, existiendo incluso una fundada tradición en la línea de la oración aspirativa. Fray Juan de Sanz (1557-1608) ligaba las aspiraciones con la meditación, pues con ellas «no se te enfriará el calor que en la oración has cobrado» y «que cuando volverás a la oración ya tendrás medio camino andado» (4).

«La meditación del carmelita no se fija en discursos, sólo se sirve de ellos para internarse en el afecto, en el amor, en la contemplación», sostiene un carmelita contemporáneo estudioso y difusor de las tradiciones de su Orden. En esto concuerda plenamente con aquel extraordinario tratadista de psicología mística, Miguel de la Fuente, O. Carm. (1573-1625), quien afirma «que lo afectivo es lo más principal en la oración».

Los métodos

Presentamos esquemáticamente tres métodos carmelitas. El primero, el de la descalcez como aparece en España. El segundo, también descalzo, según Juan de Jesús María, el Calagurritano, desarrollado en Italia. Y el tercero, el correspondiente a la reforma turonense.

Método de oración carmelita de la reforma descalza

Preparación remota

1. Pureza de Conciencia.
2. Quietud y sosiego de espíritu.
3. Rectitud de intención.

Preparación inmediata

1. Pensar quién es el que ora, para ganar humildad y contrición.
2. Pensar quién es Dios con quien se habla, para ganar reverencia, temor o amor necesario en la oración.
3. Disponer lo que se ha de tratar con Dios, de donde nace la atención y el orden en la oración.

Lección

1. Atención a lo que se lee, o resolver por la memoria otras cosas oídas o leídas, que puedan ser materia para meditar.
2. Respeto a las palabras haciendo cuenta que las va diciendo el mismo Dios.
3. Elección de punto o puntos que más fruto han de dar en la meditación.

Cuerpo

1. Meditación o reflexión considerativa propiamente dicha para persuadir a la voluntad alguna virtud o ejercicio de ella. Ha de ser pura y libre de pensamientos impertinentes, sosegada y perseverante. Habría aquí lugar para dos partes: una primera conocida como "representación" con figuras formadas en la imaginación, en la que habría que ejercitarse moderadamente; y una segunda que es la ponderación activa sobre lo representado. Sin embargo algunos autores consideran innecesario "que haya imágenes interiores" pues "bastan las buenas razones que el entendimiento hace para persuadirse".
2. Contemplación, es decir humilde, seguro y acertado detenimiento del entendimiento en alguna cosa que se contempla, y aplicación de la voluntad cuando con asiento y quietud la quiere y desea. Algunas veces el alma habla con Dios, otras calle y esté atenta esperando las palabras interiores y escondidas que suelen venir en este profundo silencio, atención y presencia del Señor. A esto se le conoce como "coloquio amoroso".

Conclusión

1. Acción de gracias por los beneficios recibidos.
2. Petición con humildad y confianza, con fervoroso y encendido deseo de alcanzar lo que se pide, acompañando con actos interiores las virtudes perdidas.
3. Epílogo o resolución:
 - Examen de la oración.
 - Memoria de las palabras que más eficaces han sido para acordarse de ellas.
 - Propósito firme de poner por obra los frutos de la meditación.

NOTA: Antes de entrar en oración se hará la señal de la cruz y se rezará el Ven Espíritu Santo o un Padre Nuestro. En algunos conventos carmelitas descalzos luego se realiza el ejercicio de presencia de Dios por actos de fe, de esperanza y de caridad.

El método expuesto ha seguido fundamentalmente a fray Jerónimo Gracián.

TRES ETAPAS EN LA VIDA CONTEMPLATIVA

1ª ETAPA:

En esta primera etapa de oración el esfuerzo del orante se concentra más que todo -y así debe ser- en evitar el pecado, aunque no siempre logra vencer el mal.

Como principiante tiene un conocimiento rudimentario de sí mismo y de Dios. Poco a poco el Señor le va descubriendo sus defectos y, si en lugar de excusarse, responde generosamente a la gracia buscando corregirse, Dios le va develando al alma su miseria y su pobreza, haciéndoselas ver a la luz de Su Infinita Misericordia.

Aún ignora el amor propio y el egoísmo que hay en su interior y se rebela con frecuencia al tener una contrariedad o sufrir alguna corrección. No pocas veces ve estos defectos mejor en los demás que en sí mismo, confirmando la advertencia de Jesucristo: "¿Cómo es que miras la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?" (Mt.7, 3).

Se puede decir que el principiante lleva dentro de sí un diamante envuelto todavía en otros minerales inferiores, y no conoce aún, ni el valor del diamante, ni la inferioridad de lo que lo cubre.

Su conocimiento de Dios es incipiente: quizá a través de la naturaleza o de las parábolas o de oraciones comunitarias o de la Liturgia. Aún no se ha familiarizado con los misterios de la salvación ni puede penetrar en el misterio de la Bondad Infinita de Dios.

Su amor a Dios es más bien un santo temor por miedo al castigo; posteriormente éste se convierte en miedo a ofender a Dios.

La oración del principiante es vocal, pudiendo ser de oraciones ya hechas u oraciones espontáneas, como una conversación con Dios. Poco a poco la oración se va simplificando cada vez más hasta intentar la oración de recogimiento. Si el alma va respondiendo generosamente a la gracia, el Señor suele enviar gozos sensibles en la oración o en la lectura de la Palabra.

En esta etapa existe el peligro de habituarse y complacerse demasiado en la gratificación que puede venir con la oración de recogimiento, como si lo sensible fuera un fin y no un medio. Se corre, entonces, el riesgo de caer en lo que San Juan de la Cruz denomina "gula espiritual", y también en un inconsciente orgullo sobre las cosas espirituales, al considerar inferiores a los demás.

Sin embargo, en esta etapa comienzan a brotar los primeros grados de humildad, que hace que desconfiemos de nuestras fuerzas y que confiemos en Dios.

2ª ETAPA:

Así como los Apóstoles sufrieron la privación de la presencia física de Jesús durante la Pasión y en ese momento de profunda crisis lo abandonaron y Pedro llegó incluso a negarle, éste, por el fervor de su arrepentimiento "lloró amargamente" (Mt.26, 75), y no sólo recuperó la gracia perdida, sino que fue ascendido a un grado superior. El Señor lo curó de su presunción (cfr. Jn.13, 6-38) para que fuera más humilde, poniendo su confianza en Dios y no en sí mismo.

No siempre la segunda conversión viene precedida -como en el caso de Pedro- de una caída más o menos grave; podría venir en forma de una injusticia que se nos hace, una persecución que debemos sufrir, etc. En este caso, el Señor nos ayuda a perdonar al causante de nuestra situación. En el caso de la caída, nos hace crecer -como Pedro- en humildad. Podría venir también esta segunda conversión en ocasión de la muerte de un ser querido, de una desgracia o fracaso, o de tantas circunstancias que nos hacen ver la poca importancia de las cosas terrenas, frente al gran valor de las cosas de Dios. Cualquiera que sea la situación, si se aprovecha adecuadamente de acuerdo al plan de Dios, hace que el alma pueda ascender a una etapa superior de la vida espiritual.

Esta purificación, correspondiente a lo que San Juan de la Cruz denomina "Noche Oscura de los Sentidos", consiste en una aridez o sequedad y hasta dificultad para la oración, causadas precisamente por el Señor, con la privación del alma del gozo o fervor llegado a través de la mente o los sentidos, para introducirla en una nueva modalidad de la gracia, la cual no es captada al principio por el alma.

Viene luego, una especial efusión del Espíritu Santo, cuya influencia se nota en una mayor apertura y docilidad del alma a sus inspiraciones.

En esta etapa de purificación en la aridez es sumamente importante la perseverancia. Por encima de las apariencias Dios está presente y no debemos caer en la tentación de dejar la oración.

Después de la segunda conversión el alma comienza a adentrarse en los Misterios de la Salvación, que van desde la infancia del Salvador y su vida pública, pasando por la Pasión hasta Su Resurrección y Ascensión, culminando con Pentecostés. Estos Misterios se nos ofrecen en toda su riqueza a través del Rosario y del Vía Crucis. En esta etapa el Rosario ya no es una repetición mecánica de Ave Marías, sino la oportunidad para penetrar en los Misterios de la Infancia, de la Pasión y de la Gloria de Cristo. Se convierten así estas devociones en verdaderas prácticas de contemplación y de influjo del Espíritu Santo.

Los Misterios Gozosos nos muestran las verdaderas alegrías que no mueren: la Anunciación del Dios-hecho-Hombre, el Nacimiento del Salvador ... Los nuevos Misterios Luminosos nos remiten a los hechos más importantes de la vida pública de Jesús y nos invitan a seguirle, al responder a su predicación del Reino y el llamado a la conversión ... Los Misterios Dolorosos y el Vía Crucis nos muestran el valor del sufrimiento y nos enseñan también a abrazar nuestra cruz, no sólo con resignación, sino con alegría ... Los Misterios Gloriosos nos muestran, frente a la fragilidad e insuficiencia de las cosas terrenas, el camino que nos lleva a la perfecta felicidad en la eternidad.

En esta segunda etapa va recibiendo el alma nuevas luces que a veces no comprende, pero que la ayudan a penetrar más y más el espíritu del Evangelio. Comienza a hacer vida la Palabra de Dios y la Eucaristía; empieza a sentir como propia la vida de la Iglesia, formando parte de alguna comunidad eclesial.

En su oración, dentro de la aridez propia de esta etapa, pueden darse actos aislados de contemplación. Gran impedimento para progresar es la presunción por la que uno cree saberlo ya todo en la vida interior. Aunque las lecturas espirituales son muy provechosas y necesarias, no debe dejarse la oración por éstas. Dice un gran Doctor de la Iglesia, que más aprendió orando al pie de un Crucifijo o frente al Sagrario, que en los libros más sabios, pues en la oración íntima (Contemplación) está el Espíritu que vivifica y en un instante instruye con una luz que hace comprender y hace vida, ideas muchas veces leídas y escuchadas, pero no comprendidas plenamente.

Surgen en esta etapa otros frutos del Espíritu, como la magnanimidad, la paciencia, la mansedumbre, la afabilidad, la fidelidad o perseverancia, la templanza o dominio de sí. Se da, además, la entrega total del alma a la Voluntad de Dios, llamada por Sta. Teresa "desposorio espiritual".

Sin embargo, en esta fase no queda el alma aún libre de las interferencias de la sensibilidad de la carne y del mundo, por lo cual a veces puede perder la paz y hasta retroceder y caer.

CARISMAS o GRACIAS EXTRAORDINARIAS:

En esta segunda etapa y continuando en la siguiente comienzan a surgir los Carismas o Dones Carismáticos, llamados por los Místicos Gracias Extraordinarias, que son dados para utilidad de la comunidad, pues su manifestación está dirigida hacia la edificación de la fe y como auxilio a la evangelización (cfr. 1ª Cor.12, 7). Los diferentes Carismas se describen también en 1ª Cor.12, 8-11 y 12, 28 - Rom.12, 7 - Ef. 4, 11.

Los Carismas son, pues, dones espirituales, gratuitamente derramados, que no dependen del mérito ni de la santidad personal, ni tampoco son necesarios para llegar a la santidad. Sin embargo, el ejercicio abnegado de ellos de hecho produce progreso en la vida espiritual por ser actos de servicio al prójimo.

3ª ETAPA:

La tercera conversión es semejante a la de los Apóstoles cuando, después de la Ascensión, se vieron privados totalmente de la presencia del Señor en la tierra.

Todavía quedan en el alma impurezas que le impiden la total unión con Dios, que es la característica de esta tercera etapa. Por ello debe pasar por la más difícil de las purificaciones.

San Pedro nos dice es "preciso que todavía seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad de vuestra fe, más preciosa que el oro percedero, que es probado al fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor en la Revelación de Jesucristo" (1ª Pe.1, 6-8).

San Juan de la Cruz describe la Noche Oscura por la que el alma tiene que pasar para entrar en esta tercera etapa de unión con Dios como "la fuerte lejía de la purgación de esta noche del espíritu, sin la cual no podrá venir a la pureza de la unión divina". Esta tercera conversión o Noche Oscura del Alma -como la llama San Juan de la Cruz- no se trata de una aridez o sequedad, como en la segunda conversión, sino que es una verdadera desolación de orden espiritual: mientras el alma anhela a Dios, se siente abandonada de El.

Debe entonces el alma caminar a oscuras en pura fe. Tal como aconteció a los Apóstoles el día de la Ascensión del Señor. Hasta ese momento su intimidad con El iba siempre en aumento, pero ese día Jesús subió al Cielo, de modo que ya no le verían más en la tierra; les dejó privados de su presencia y de sus palabras que les daban vida. Y debieron sentirse muy solos y aislados, pensando en las dificultades de la misión que les había encomendado: la conversión de un mundo impío, sumergido en los errores del paganismo, y en las persecuciones y sufrimientos que les esperaban.

Debieron recordar entonces las palabras de Jesús: "Conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Divino Consolador no vendrá a vosotros; mas si yo me voy, os lo enviaré" (Jn.16, 7). Es decir, convenía que les privara de Su presencia sensible, pues estaban aficionados a la humanidad de Cristo y no podían elevarse al amor espiritual de Su Divinidad: no estaban aún preparados para recibir al Espíritu Santo.

Al considerar esta privación de la presencia terrena de Cristo que precedió a la profunda transformación que los Apóstoles sufrieron en Pentecostés, podemos ver en qué consiste esta Noche Oscura y cuál es su finalidad: queda el alma envuelta en una verdadera noche espiritual al verse privada de las luces que hasta ahora la iluminaban, para luego experimentar una efusión especial de unión con Dios.

Sin embargo, explica San Juan de la Cruz, que esta oscuridad no es realmente tal, sino más bien luz excesiva que encandila al alma. " La Divina Sabiduría nos parece oscura por estar muy sobre la natural capacidad de nuestra inteligencia y, cuanto más nos embiste, más oscura nos parece".

En esta prueba, como en otras, debemos creer muy firmemente en lo que el Señor nos ha dicho acerca de la eficacia purificadora del sufrimiento y de la cruz, y esperar contra todas las apariencias, orando continuamente.

Siguiendo a San Pablo: "Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestra persona el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra persona" (2ª Cor. 4, 8-12).

Puede ir esta Noche Oscura acompañada de grandes tentaciones, sobre todo contra la fe, como sucedió a muchos santos, entre ellos a Santa Teresita del Niño Jesús y San Vicente Paúl.

Así describe Santa Teresa de Jesús esta Noche Oscura del Alma: "¡Oh válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece un alma hasta que entre en la séptima morada ... Ningún consuelo se admite en esta tempestad ... En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra suya o una ocasión, le quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo!"

Esta tercera fase lleva a la unión total del alma con Dios, el más alto grado de unión con Dios posible en la tierra. Sta. Teresa la define como el "Matrimonio Espiritual". Es, según San Juan de la Cruz, "la transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra". Depende, entonces, de una perfecta donación del alma a Dios y de Dios al alma.

(Es importante hacer notar que la diferencia, aunque aparentemente sutil, de esta unión entre el alma con Dios de la Mística Cristiana y la auto-divinización que es propuesta fundamental del "New Age", a través del Monismo y del Panteísmo, radica en dos cuestiones fundamentales: 1ª) El alma humana no es parte, ni pasa a formar parte de la divinidad, como proponen el Monismo y el Panteísmo. 2ª) La transformación total en Dios de que habla San Juan de la Cruz no se da por "fusión" con la divinidad, sino por "posesión":

el alma se entrega totalmente a Dios que la posee, tomando la dirección de toda su vida e inspirándola en cada uno de sus actos, y la creatura posee a su Dios, no sólo como a quien mora en ella, sino como a quien la vivifica, la mueve y la gobierna).

Por eso San Pablo describe esta etapa así: "Ya no soy yo quien vivo, sino es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2, 20).